



Pila bautismal de la parroquia de Santa María de Almocóvar, en Alcántara, donde recibió el bautismo nuestro santo patrono.



Huerta del convento de El Palancar. Fuente y lugar donde oraba san Pedro de Alcántara.

Respuesta santa de un extremeño fuerte

Juan Garavito y Vilela de Sanabría, extremeño alcantarino, nació en un mundo que desde el siglo XIV venía arrastrando una fuerte crisis. En una sociedad en decadencia.

En muchas parcelas de la vida se coló ese estado de cosas que llaman relajación en las formas. Se consideraban superadas y sobrepasadas ideas y comportamientos en diversos aspectos.

Algunos se lanzaron a redescubrir, para imitar y copiar, fórmulas culturales distintas de las vigentes hasta entonces. Lo hacen penetrando en el ámbito greco-latino. Consecuentemente, adentrándose en lo pagano.

Muchas son las causas de aquello y de esto. Las han estudiado historiadores imparciales y equilibrados. También otros que no lo son tanto.

Lo cierto es que profundizaron en modelos y formas griegos y latinos e intentaron imponer sus formas simples y armónicas. Lo pretendieron porque la vida de aquella Europa estaba amenazada desde fuera (Turquía). Veían otros una Iglesia al borde de la desintegración.

Con tales intentos se transgredieron bastantes límites, creyendo que había llegado el momento de dar la voz de alarma para que se salvase el que pudiera.

Sin duda que se atravesaba un momento difícil. Suponía abrir horizontes y colocar indicadores para orientar los caminos que condujeran a lo seguro y a la felicidad.

Correspondió a España un papel importante durante la centuria decimosexta, aunque ya venía de las últimas décadas del siglo XV, de presen-

tar una concepción cristiana del ser humano frente a la actitud paganzante que se defendía y proponía especialmente en Italia y Francia.

Lo hizo con algunas maravillosas mujeres y con un buen manujo de hombres que aparecen en el tablero nacional con la preocupación en el alma por la situación amenazante. Sus mentes escrutaron y discernieron poniendo manos a la obra.

PASOS DE REFORMA

La situación y necesidad provocaron el grito de ¡reformas! ¡De reformar! Cada día es más insistente y más urgente en la Iglesia a medida que avanza el siglo xv.

Una reina católica lo siente como propio. Otro tanto le ocurre y vive su confesor, franciscano y cardenal. Dieron pasos que secundarían otros muchos.

En las Universidades ha obtenido carta de identidad el Humanismo. También en la de Alcalá de Henares.

Erasmus de Rotterdam y Arias Montano fueron hombres que destacaron. A las cátedras han llegado gramáticos como Nebrija, conectado con nuestra Extremadura a través de su discípulo frey Juan de Zúñiga, último maestro de la Orden Militar de Caballería de Alcántara, en su Academia de Gata. Con Brozas, viviendo en la Villa de la Encomienda Mayor de la Orden con su hijo frey Marcelo de Nebrija, Comendador de la Puebla. Las casas que poseía dieron lugar a la rotulación de la calle de Casas de Nebrija, donde parece que escribió, al menos, gran parte del manuscrito de la célebre *Gramática*.

Y el que se consideró heredero y continuador del Nebrisense, que igualmente adoctrinaría en Salamanca, como Elio Antonio, Francisco Sánchez de las Brozas, el Brocense.

¿REFORMA? ¿RUPTURA?

La situación empezó a sonar a más fracaso. El hito referencial muy bien podría ser, con toda la luz de universal simbolismo, y con todo el peso político que en aquella Europa tuvo la Roma saqueada.

Otro de influencia en los Estudios Generales y Universidades pudo ser el estéril empeño de neutralidad que decidió vivir, contra viento y marea, Erasmo de Rotterdam. Su inútil intento le llevó a la muerte en soledad y abandono.

En tercer lugar, sin duda, está Lutero. Su agrio enfrentamiento a la Iglesia y al Imperio le condujo a posturas irreconciliables, aunque hubiese reclamaciones justas en sus ansias reformadoras.

Surgió entonces un nuevo término —Contrarreforma— que entró con fuerza, apoyándose en diversos carismas, en el lenguaje del siglo xvi. Por Contrarreforma se ha entendido la reforma católica, totalmente opuesta a la de signo protestante.

Las ideas del agustino Martín Lutero, acompañadas de sus rebeliones, habían penetrado en buena parte de Europa. El papa Paulo III, preocupado por la difusión de su penetración, tomó decisiones para controlarlas o cortarlas de raíz.

El Concilio de Trento no solo definió dogmas. Los Padres Conciliares asistentes votaron medidas reformatorias. Además se dieron pasos en una línea muy positiva con la creación de los seminarios que se llamaron conciliares. Sobre todo se emprendió la defensa de las verdades atacadas.

Realizar eficazmente el amplio programa que diseñó aquel Concilio de Trento implicaba a personas de rango moral e intelectual así como a instituciones consagradas a conseguir la auténtica reforma personal para que fuera realidad la reforma social. O que sus frutos repercutieran en la sociedad.

Campeón del primer momento fue un gran hombre de Iglesia y no menos grande pastor e ilustrísimo miembro del santoral: san Carlos Borromeo. Reformó la Curia Romana e impulsó la de las Órdenes religiosas antes de marchar a la archidiócesis milanesa. Una vez en ésta,

como pastor responsable de la misma, la protagonizó en toda su amplitud, siendo uno de los prelados modélicos en el quehacer reformador decidido en el aula conciliar tridentina.

«La Contrarreforma en España dio a la Iglesia multitud de santos de primera magnitud. Entre ellos San Pedro de Alcántara».

Así lo afirmaba un homónimo del santo en *Vida sobrenatural*, de 1958.

Vivió, como otros, los anhelos de renovación presentes y actuantes en el siglo XVI: volver al auténtico Evangelio.

Otros lo harían desarrollando sus carismas entre enfermos, en la esclavitud, en el apostolado misionero, en la enseñanza, en el silencio y oración eremíticos, etc.

Las más antiguas Órdenes religiosas tuvieron reformadores de renombre en el llamado Siglo de Oro.

Entre los franciscanos, uno de los más destacados lo fue nuestro extremeño santo y patrón. Al mismo tiempo es guía cualificado y ayudador de Teresa de Jesús, que la inicia en los carmelitas secundada por fray Juan de la Cruz.

No por reformas y sí por las comprometidas actuaciones en las lides contrarreformistas hay que destacar a la entonces joven Compañía de Jesús fundada por Ignacio de Loyola.

La Contrarreforma descubre y caminará por nuevos caminos para llegar a metas personales y sociales: *a)* por el camino de la obediencia absoluta a la jerarquía, —cuarto voto de obediencia especial al Romano Pontífice de los jesuitas—; *b)* por un camino que llegó a ser de exaltación mística: Teresa de Jesús, Pedro de Alcántara, Juan de la Cruz y muchos más; *c)* por el amor apasionado a la cruz, sacrificio, renuncia, en lo que fray Pedro de Alcántara está en primera línea; *d)* con entrega al ser humano abandonado de la sociedad, siendo campeón Juan de Dios.

Pedro de Alcántara, al igual que otros grandes místicos, ha dicho lo mejor callando y adorando al Amor, y ante la más cruda expresión de ese amor, la Cruz. La soledad y silencio buscados además de entregas y renunciaciones de la Arrábida y Palhães (Portugal) y Santa Cruz de Paniagua y El Palancar son tremendamente elocuentes.

Los humanistas renacentistas se imponían a sí mismos, y exigían a los demás, conversión y reforma individual orientada a otros y nuevos comportamientos en las artes y literatura, en lo físico y lo moral de cada uno.

Los humanistas cristianos irán mucho más lejos en la conversión y reforma a nivel personal, urgiéndola con más fuerza e intensidad a la misma sociedad.

Tendríamos que dedicar muchas páginas para traer a ellas los modelos de toda índole cuyas obras siguen vigentes. Los aludidos antes son ejemplos de ello. Nacieron casi todos en la centuria décima quinta. Uno de los últimos en nacer en ella será el santo extremeño Juan Garavito y Vilela de Sanabria.

En los citados y en otros muchos se dan varias notas comunes:

A) Buscan con todas las capacidades con que están dotados el sitio exacto que le corresponde al hombre en el universo mundo.

B) Dicha búsqueda la realizarán siempre desde la luz de Dios y sólo por Dios. A veces siendo incomprendidos y hasta perseguidos por ello.

C) En ellos no influye lo clásico, que había llevado a otros grandes hombres hasta un estilo de vida paganizada, desarrollando normas y fórmulas grecolatinas haciendo costumbres e imponiéndose nombres extraídos de la mitología.

Al hombre estos humanistas cristianos le colocan en el pedestal que le corresponde y ante él ejercitan la enseñanza del Enviado de Dios, su Hijo Jesucristo.

El evangelista Juan recoge la enseñanza de un Maestro sorprendente que entendieron muy bien los Humanistas Cristianos. «Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: “¿Com-

prendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis 'el Maestro' y 'el Señor', y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13, 12-15).

En la escena que origina la petición de los hijos de Zebedeo traza los principios básicos para coronar las cimas de una grandeza que nada tiene que ver con la que nos hemos forjado los hombres. Los sinópticos recogen el camino de la grandeza: «... los otros diez empezaron a indignarse con Santiago y Juan. Jesús, llamándoles les dice: "Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el quiera llegar a ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos"» (Mc 1041-45).

Los que hemos citado, y otros muchísimos en siglos anteriores y otros muchísimos en siglos anteriores y posteriores, es lo que han hecho con el hombre enfermo, desasistido, inculto, roto psicológicamente, discapacitado física y psíquicamente, etc.

Estos aprendices de la otra grandeza la practicaron en unas áreas unos y en otras otros. Llenaríamos varios volúmenes tratando de hacer la crónica de estas actividades dirigidas al hombre necesitado, a quien alguno de ellos llegó a llamar «mi señor pobre» (San Vicente de Paul).

¿QUÉ HIZO EL SANTO PEDRO DE ALCÁNTARA?

Dio respuesta

Renuncia. Juan Garavito tuvo desde niño muchas posibilidades. Unidas a su «lindo entendimiento» hubieran sido capaces de un triunfo bien sonado. Lo mismo en ámbitos universitarios que dentro de la Orden militar radicada en su villa. O quizá como otros coetáneos de la comarca triunfar en América, hacia donde partieron muchos después que el

comendador mayor de la Orden, frey Nicolás de Ovando, fuera nombrado gobernador general de Indias.

Pero aquel jovencito de la universidad salmantina, sin vocear en la calle y sin alzar el tono de voz, llevaba en su interior la fuerza de un rebelde, la estrategia de un combativo, el despego de un tráfuga en el interior de la Iglesia.

La pena es que tenemos pocos datos de su itinerario hasta dar la respuesta. El silencio se espesa en torno a su persona y decisiones. A los gestos y a los pasos que necesariamente tuvo que dar.

Ciertamente en las cátedras de Salamanca y Alcalá suenan palabras que golpean con fuerza las mentes estudiantiles: Reforma, Renovación, etc.

¿Con qué ideas topó allí el muchacho de Alcántara? ¿Qué ramas curso? Quizá todo esto habría que relacionarlo con el estado anímico que él vive y lo trasluce y que recoge el P. Pedro de Ribadeneira unos años después. Era tal la vida que vivía en la ciudad del Tormes que se comentaba e imponía su sola presencia. Unos estudiantes decían a los otros al divisarlo: «Callemos, que viene el de Alcántara».

Sí. Se hablaba de renovación o reforma y el alcantarino ha hecho su opción. La respuesta de este universitario extremeño está en el sí de corte nazaretano. Aquí estoy como esclavo. Lo mismo que la de María, a quien amaba intensamente. Tampoco a su respuesta se conocen vacilaciones. Fue contundentemente decidido en ponerse en marcha y en jamás volver la cabeza atrás.

Sí. Hubo renuncias a los laureles universitarios, a las grandezas que durante siglos ofertó la Orden militar de la Cruz Verdalisada, al oro, aventuras y fama que brindaban las tierras hacía poco descubiertas.

Sí. Dejó Salamanca y con licencia del provincial fray Francisco de Fregenal inicia el noviciado en la Orden franciscana. Y empezó su respuesta.

Discernimiento y pasos

Su vida se hace en y con el Renacimiento. Éste supervalora al hombre y al mundo. Todo lo pasa y supervisa en el tamiz de su interpretación. Por él hace pasar el mundo, vida, hombre, Dios. Y lo que preten-

de es imponer orden, módulos y ritmos. Es decir, la serenidad clásica en el hombre y en lo que le rodea.

Sin embargo, el hombre normal ni veía ni conseguía la utopía clásica que le ofertaban. Había que buscarla y para no equivocarse había que discernirla.

Encuentro con Dios: fraile menor

En Pedro de Alcántara, como en otros personajes de su época: Teresa de Jesús, Juan de Ávila, Ignacio de Loyola, Juan de Dios, etc., se da una fuerte reacción. Unos, después de otras peripecias, y otros, desde una clarividente juventud, buscan directamente a Dios. Van a su contemplación y servicio.

La decisión antes indicada, tomada a sus dieciséis años, es algo que no se resalta demasiado. A mí siempre me intrigó esta etapa. ¿Qué pudo ocurrirle a un joven de pocos años para ir tan directamente a Dios? ¿Hubo algún fenómeno místico? ¿Quién le pudo orientar? Preguntas y preguntas que seguramente se quedarán sin contestación en este mundo.

Sus hermanos los hombres

Retomamos la preocupación del Humanismo Renacentista para resituar al hombre. Fray Pedro de Alcántara y otros buscaron lo mismo por distintos caminos. ¿Cómo?

Este extremeño, duro consigo mismo, buscó la vida de silencio y soledad, oración y penitencia. Esta trayectoria, en principio, suena como a huida del mundo, del hombre.

No fue así. Él resituó al hombre partiendo de principios bien ahorrados en su mente y los sentimientos de su corazón. Esto le lleva a la realidad como es en sí. La ilumina con sus escritos y transforma con sus actuaciones testimoniales.

Tuvo presentes almas y cuerpos. Puede verse en sus cartas, Ordenaciones Provinciales, Tratado de la Oración y Meditación. Con su labor en confesonario y en la dirección espiritual con todas clases de personas.

Mira la materia del ser humano contemplando en él la imagen del mismo Dios Creador. La actuación del santo con el hombre, *ad intra* y *ad extra*, la siente, la vive en referencia a Dios, que para el humanista cristiano es el supremo valor.

Siempre atento al supremo valor hizo de su actuación y servicio suprema solidaridad. Por todo ello en sus concepciones y relaciones humanas se alejó de la moral que ofrecían los humanistas renacentistas.

El ser humano está poseído existencialmente por la condición de hombre peregrino, por ende necesita de guías y de solidaridad. Él y otros muchos humanistas cristianos se la ofrecieron.

El Dios del místico extremeño es un Dios que acompaña a cada ser humano con sus propias señas, garantizándole todo lo necesario para que llegue a la meta.

Fray Pedro se sintió impulsado con tal fuerza a acompañar al hombre su hermano que devoraba, andando y desandando, kilómetros a pie por toda Extremadura, ambas Castillas, Portugal y donde hizo falta.

De ahí cartas abundantes y recados personales a través de su hermano Barrantes.

De ahí el volcarse con todos, sin miramientos.

Lo mismo escuchó a Carlos I y grandes de España, reyes y grandes de Portugal. Oyó e hizo milagros a favor de pobres y necesitados que encontraba en los caminos, a matrimonios que buscan perfección, enseña en escuelita de El Palancar cuando el analfabetismo imperaba en la región.

Reconduzcamos el tema a lo que entra por los sentidos. Este franciscano tiene muy claro y preciso el puesto que le corresponde al débil y necesitado. Para entenderlo tenemos que acudir a las Ordenaciones Provinciales que él mismo promulgó.

Traemos unas cuantas perlas de las mismas y alguna actuación como provincial:

1.^a) Ordenación 12, de 1562, y lo mismo había hecho en las de 1561: «Y los frailes viejos sean muy bien tratados y los enfermos muy bien curados, cuando sea posible, sin notable distracción y servidos con gran diligencia y caridad».

2.^a) Fue insistente y categórico en recomendar exquisita atención a los pobres que, casi en procesión, acudían a pedir a los conventos. «Le parecía un insulto a la Provincia de San Gabriel negar socorro a algún necesitado», dice el P. Barrado.

3.^a) Tomamos del mismo autor lo que no dudamos en llamar florecilla alcantarina:

«Cuéntase que en cierto convento se hallaba un fraile enfermo que se negaba a comer y se moría a chorros por inapetente. Su solicitud y predilección por los frailes enfermos y ancianos era extraordinaria y mimosa. Se acercó al enfermo e interesándose por su salud le preguntó, cariñoso:

—Hermano mío, ¿tendrás especial gusto en comer alguna cosa?

—Sí, Padre —contestó el enfermo—. Comería de buena gana una ensalada hecha por las manos de V. caridad; y así se lo pido, por amor de Dios, que vaya a la huerta, la coja, la aderece y me la traiga, pues tengo la seguridad que después de comerla me pondré bueno.

—Sí, hijo mío —dijo el joven provincial—; si en la ensalada consiste tu consuelo y remedio, voy a traértela volando.

La preparó con toda delicadeza e ilusión, y al saberlo el enfermero se opuso a que se le diese la ensalada, porque le perjudicaría. Díjole sereno fray Pedro:

—Hermano, tenga fe; por amor de Dios me la ha pedido y por amor de Dios se le he de servir, ¿cómo quiere que le haga daño?

Le sirvió la ensalada al enfermo, y teniendo éste el plato delante, enternecido y desganado, con la llaneza que justifica la fiebre, dijo al provincial:

—Aún falta otra condición.

—¿Cuál es, hijo mío? —añade el provincial.

—Que, para mi consuelo, comamos los dos juntos.

—De muy buena gana —asiente fray Pedro, complacido—, porque también tengo hambre.

Y empezaron a comer mano a mano hasta acabarla, devolviéndole la vida y la salud al bendito enfermo».

El P. Barrado, que cita a los cronistas y biógrafos P. Badajoz, Santa María, San José, Trinidad y San Bernardo concluye: «En sus visitas canónicas abundarían episodios como el anterior» (P. A. Barrado, *San Pedro de Alcántara. Estudio documentado y crítico de su vida*, pp. 40-41).

El mundo bajo los pies

Se repite en la iconografía alcantarina. Muchos escultores nos lo presentan sentado, con los pies descalzos encima del globo terráqueo. La lección y testimonio son claros. Renuncia a todo lo que significa y representa el mundo para un asceta.

Nuestro santo no se dedicó a teorizar sobre el mundo. No. Lo que sí se sabe es presente en el mundo de su época. Y lo está con posturas concretas, con decisiones tomadas en silencio y oración y en las soledades eremíticas de las que sólo sale para llegar a los necesitados del tipo que fuere. Hizo frente a las necesidades del espíritu, a las del físico.

No olvidemos El Palancar. Su concepción y ejecución es pobre de pobreza. A mi juicio no solamente pobre. Lleva en la entraña una carga de reacción a lo que ofrecía el mundo renacentista en lo arquitectónico y en otras ramas del arte.

Vio en su comarca y en la Salamanca de años universitarios la edificación de templos, palacios y claustros majestuosamente renacentistas.

En Extremadura, por razones conocidas, el elegante estilo gótico se hizo tan tardío que se mezcla con el plateresco.

Por todo esto, y más, repito la frase que me dijeron había pronunciado el poeta cauriense, Alfonso Albalá, gran admirador del santo extremeño: «A San Pedro de Alcántara le nació la reforma antes de salir de su villa».

En la comarca vio levantarse el Conventual de San Benito, Santa María de la Asunción, Mayor de las de Brozas, palacios y casas fuertes, granitos y alabastros en monumentos funerarios y heráldica, etc. Todo pregonaba las grandezas humanas.

La reacción no se hizo esperar. El tenor de sus Ordenaciones lo manifiesta. La 18, de 1562, después de aludir al testamento de san Francisco de Asís, dice:

«... que en nuestros edificios resplandezca toda pobreza, aspereza y vileza y que en la grandeza no excedan al tamaño que es menester, conforme a los frailes que ordinariamente han de morar en ellas. Y por esto queremos que ninguna pared de las casas, aunque sean fuertes, sea de cantería labrada, y toda la madera de la casa sea tosca y no labrada a cepillo, salvo la iglesia, coro y sacristía. Y tengan de hueco las casas sin las paredes de fuera a lo más de cuarenta a cuarenta y cinco pies y no tenga más de ocho celdas, iglesia y sacristía, uno o dos altares, con sus sillas, enfermería alta y baja, hospedería de seglares, portería, tránsito para la huerta, claustro alta y baja, si fuere de cuatro cuartos y no sea lo claro de la claustro más de ocho pies; lo demás se dé a los paños por donde han de andar».

Todo eso quedó plasmado en el convento más chico del mundo que se ha conservado como una auténtica reliquia del santo extremeño. Éste contrasta con todo lo que visualizó en su tierra y en Salamanca. Llevó a la práctica el deseo de Francisco y hasta las últimas consecuencias el grito de la palabra REFORMA.

Hay que tener en cuenta que lo finito y limitado de este mundo aparece constantemente escrito en el *Tratado de la Oración y Meditación*. Lo mismo en su predicación, confesionario, consejos, dirección espiritual.

Siempre en positivo. Todo poseído de Dios en todo. Su sembradura es de ánimos, gozos, luces, ilusiones, conocimientos, decisiones, consagraciones, etc. El seguimiento del Todo en todo.

Es que para Pedro toda criatura situada en el cosmos es imagen, huella, de Dios.

Se hace necesario aludir a algo tan sencillo como lo del perejil en la miniatura de huertecito de Santa Cruz de las Cebollas, hoy de Paniagua.

Lo declaró D. Francisco Enríquez de Almansa, conde de Nieva, marqués de Valderrábano, mayordomo del rey nuestro señor, comendador de Piedrabuena, sobrino del obispo (de Coria). D. Diego Enríquez, que depone en Madrid el 23 de abril de 1616 y el 17 de agosto de 1618: «... possaua el dho padre fr Pedro en una ermita fuera del lugar como un tiro de ballesta y que la manera de aposento que tenía era una piecilla pequeña y en medio della una puerta que salía a un huertecito que le hicieron por gustar él dello, de cosa de dos pies de largo y qua-

tro o cinco de ancho y le sembraua de perejil para que estuviese siempre verde...».

Esta declaración nos introduce en el mundo del Alcantarino y su personal sensibilidad. Descubre la presencia del Dios anonado que poseía el místico extremeño. Se recreaba en la contemplación de la humilde obra del Señor como es el perejil. Trata de librar la obra de Dios de toda clase de agresiones de los hombres.

La alabanza franciscana —tierna y riente en Francisco de Asís— se repite en nuestro extremeño en su visión del mundo creado. Pero no podemos olvidar la dureza ambiental de su geografía nativa. Tiene una vivencia especial ante los ríos que cruza en levitación, busca rincones como la espesura de Santa Cruz, El Palancar, la ermita de San Andrés, etc. Se extasía frente a los bloques de granito de El Palancar, en los que esculpía cruces en alto y bajos relieves. No sólo lo invadían los arrobamientos en la eucaristía sino ante algo tan sencillo y humilde como casi esencial en la gastronomía: el perejil.

Pero podemos interrogarnos, ¿con todo esto, dónde está el hombre, señor del mundo?

Lo indicamos ya. Para los humanistas cristianos está en el centro del Amor. Lo ubican, sin variación, en el centro del mundo que Dios creó por amor y por el mismo amor se lo entregó todo al hombre encargándole completar su obra. Lo más importante, por tanto, es el hombre. Pero nunca Dios le permitió divinizarse en el paraíso. Tampoco divinizar al mismo paraíso.

Y en el Renacimiento nos encontramos con una nueva intentona.

Dos párrafos de la meditación del Día del Señor trasluce su íntima convicción de lo que para el hombre ha querido el Supremo Valor, Dios. Es la posición de fray Pedro ante el mundo en el momento álgido de la supervaloración del Hombre-Febo y del mundo-fin.

Dice nuestro místico:

«Y mira bien que darte esta tal ánima fué darte todas las cosas, pues ninguna perfección hay en alguna criatura que el hombre no tenga en su manera, por donde parece que darnos esta pieza sola fué darnos de una vez todas las cosas juntas».

«Coro todas las cosas del mundo crió (Dios) para tu servicio: la mar, la tierra, las aves, los peces, los animales, las plantas, hasta los mismos ángeles del cielo».

En nuestro santo privan las acciones normales, silenciosas, serenas. Sus actividades son pacíficas, consejos en voz baja, orientaciones casi rogadas. Pero poniendo al Supremo Valor en el puesto clave, por encima de todo. Y al hombre en el suyo.

GREGORIO CARRASCO MONTERO

Delegado diocesano del V Centenario

El convento de Santa Cruz de la Sierra: de oratorio alcantarino a convento agustino

A Manoli

SITUACIÓN PREVIA

Santa Cruz de la Sierra es una localidad extremeña situada en la falda norte de la sierra que lleva su nombre, junto a la autovía nacional V, a 15 km de Trujillo en dirección a Badajoz. Contiene, en su parte más elevada, los restos de un antiguo convento; los demás edificios se derraman a sus pies, formando empinadas, estrechas y tortuosas callejuelas.

Santa Cruz fue enclave preferido por pueblos protohistóricos y primeras civilizaciones, habitado durante la dominación romana y visigoda, fortaleza inexpugnable en la época árabe, solar de recreo y descanso para múltiples familias de la nobleza trujillana después de la Reconquista: Altamiranos, Torres, Hinojosas, Chaves, Pizarros entre otros, pasaron largas temporadas en ella o la eligieron como residencia habitual. Su clima, su sierra, la abundancia de aguas, la fertilidad de sus tierras los atraería, como atrajo a los primeros reformadores franciscanos, que la eligieron para retiro o para vivir como ermitaños. A finales del siglo xv hubo en Extremadura un movimiento reformista muy fuerte de la Orden franciscana; algunos de sus frailes, influidos por las ideas que fray Juan de la Puebla trajo de Italia, pretendían vivir con mayor intensidad el